

# La huida

Paco Ariza

El teléfono sonaba insistentemente, inundando el silencio que hasta aquel momento había en la casa. Saliendo atropelladamente del baño, corrió mojando todo el parquet, tendría que secarlo después, pero había esperado aquella llamada desde hacía días; al quinto sonido levantó el auricular, el monótono pitido le indicó que había llegado tarde.

Debería haber desconectado el contestador, aquel maldito aparato; esperó unos segundos para levantar nuevamente el auricular, la voz emitida por ordenador le indicó que no tenía mensajes.

Reinició la ducha, precipitó el gel, fue una de las duchas más rápidas que recordaba.

Se vistió deprisa como si una nueva llamada le descubriera su desnudez. Se puso aquel clásico traje oscuro, sin fin aparente ya que no pensaba salir a la calle, así vestido se encontraba mejor. Volvió al teléfono, seguía esperando.

Preparó sus clases del día siguiente, casi por primera vez siguió su programación, redactó actividades hasta para los alumnos con necesidades educativas especiales; si lo vieran sus compañeros...

Ya pensaba en marchar a la cama, cuando un teléfono no esperado, el móvil, sonó en su dormitorio. Corrió como si le fuera la vida, el número delatado le era desconocido, descolgó. ¡Por fin, era él!. Efectivamente, le habían nombrado; el *Jefe* le llamaría más tarde pero quería ser el primero en felicitarle; mañana ya no hacía falta que fuera a clase; mañana, dar una vuelta por el Ministerio, darse a conocer y despachar con el *Jefe*.

Llamó a su director, como amigo suyo quería comunicarle que le habían nombrado Director Provincial. El no quería, el compromiso era muy fuerte, en realidad a él sólo le importaba su clase, este año además tenía un grupo de alumnos estupendo con el que estaba realmente ilusionado.

–Gracias por tu apoyo, eres uno más de los muchos que me está animando.

–Bueno, cuando quieras te pasas por el centro. Yo, mañana pondré a uno de apoyo y supongo que pronto enviaréis a tu sustituto. Lo dicho, suerte y, ya sabes, lo que necesites.

Para dejar libre su teléfono, empezó compulsivamente a llamar por el móvil a sus compañeros de partido, de sindicato; se enterarían los de CC.OO., siempre tan arrogantes, tan imbuidos de la verdad, sería cordial pero firme, jamás cedería, podría ser considerado blando, ¡no, ni un paso atrás!

¡Ah!. El despacho tendría que tener algún detalle personal, tal vez un bonsái, no, harían bromas, un cuadro... Ya está, convocaría el primer certamen de pintura *Director Provincial* y el cuadro galardonado adornaría su despacho.

Jefe de Inspección... Nombraría a uno moldeable, bueno, servil, la verdad es que tenía donde elegir. Jefe de Programas se lo propondría a su amigo Lorenzo y podrían recordar así tiempos pasados. ¡Ah!. Secretaria personal. Aquí su imaginación voló por terrenos poco prudentes, aquella compañera ... Laura, sí, se lo propondría, aceptaría seguro, notó que algo se removía en su interior pensando que empezaba a vivir la erótica del poder. Su mente

volaba entre suaves muslos, labios insinuantes, manos que le acariciaban, pechos voluptuosos... la erótica del poder.

Por la mañana llamó a su contacto en el Ministerio para confirmar el nombramiento, hablar del protocolo de la toma de posesión, quería un acto íntimo, pero la voz que encontró al otro lado presagiaba una catástrofe, lo peor había ocurrido.

–Lo siento, ya conoces al *Jefe*, en el último instante nombró a una desconocida, una tal Laura de tu centro. ¿Qué tal es?

A las 8'30 comenzaba su primera clase. Entró sin reconocer a nadie, para colmo le tocaba con el grupo de repetidores. Recibido con cierta algarabía, Loli *la Punky* de la clase le preguntó si era cierto que Satán no llevaba sujetador, una risotada generalizada y el bestia de Mon le instó a que mirara su bragueta por si la tenía llena de magra.

Tras las voces y amenazas de rigor restauró el orden, aquello debía ser la erótica.